

LA MUERTE Y SU CUADERNO DE BITÁCORA

Érase una vez... una chica que se encontró con la Muerte.

No quiero dar lugar a confusiones ni falsas conjeturas o creencias, futuras hipótesis, querido lector. Cuando me refiero a un encuentro con la Muerte, no me dirijo al término "morir", sino a un encuentro de verdad, cara a cara con ella, con uno de nuestros peores miedos, una de nuestras más temidas pesadillas, nuestra inquietud más profunda. Miedo a lo desconocido. ¡Pobrecilla, si se diera cuenta de la horrible idea que tenemos de ella!

Pero..., ¿es miedo a la Muerte en sí? ¿A si nos dolerá morir? ¿Pánico a no saber qué viene después?

Pero, bueno, no estoy aquí para hablar generalidades, sino para centrarme en el encuentro pasajero con nuestra amiga, caminando por la calle. Yo, Léa, empezaré a contaros mi historia.

Creo que era finales de junio, pues recuerdo que iba ahogada bajo un aplatanante calor. Llevaba conmigo un buen taco de partituras de música y mi violín.

Es cierto que en aquella época, ya estaban finalizando las clases y olía a verano y vacaciones, nadie me quitaba la ilusión del corazón ni la sonrisa de mis labios. Pero tampoco los nervios y la ansiedad que agitaban mi interior aquel día.

Te preguntarás, lector, por qué estaría estresada y cuál sería la razón de mi inquietud, pero sobre todo ¿qué tenían que ver unas partituras de violín bajo mi brazo? Bien, pues es fácil de deducir: aquel maravilloso, pero también ardiente día, me enfrentaba a mi examen final de la escuela de música donde podía desarrollar mi don, el cual me daba el poder de crear y soñar con dulces melodías.

Las gotas de sudor me resbalaban por la frente y corría por las calles de mi ciudad saltando baches, sorteando bancos y árboles, saludando y disculpándome con todo el mundo por las prisas que marcaban aquel ritmo que tan exhaustivo le resultaba a mi cuerpo.

Es cierto que, además de la felicidad, reinaba en mí la zozobra y congoja típica de los estudiantes ansiosos por obtener ese aprobado por el que luchan los jóvenes perseverantes y aplicados.

Tan ensimismada iba en mis pensamientos que no veía por dónde iba. Me había perdido en la canción de la audición, repasando cada compás, cada negra, cada corchea... La melodía sonaba, incluso, tan fuerte en mi cabeza que notaba cómo el barullo de la calle y el tráfico se apagaba. Tan intensa fue que nubló mis ojos y, en ese momento, lo único que escuché a continuación no fue música, fue un estruendo tremebundo; mientras me sentí volar por los aires, temiendo lo peor, caí al escabroso y ardiente suelo, bajo una lluvia de partituras. Noté una quemazón insoportable en ambas manos, los dos brazos y una pierna. La cabeza aún me daba vueltas cuando conseguí sentarme y observar la estrafalaria escena que me rodeaba: el asfalto, decorado con notas, y un gran corro de gente a mi alrededor que no se molestaban en ayudar siquiera a recoger partituras. Lo que más me llamó la atención es que no sabía con qué o quién había chocado. Miré en todas direcciones en busca de algo que pudiera darme una pista para ayudarme a razonar, cuando una voz, no sabía decir ni siquiera ahora si grave o aguda, ronca o suave, pero sí amable, me dijo detrás de mí:

-Discúlpame, ¿te has hecho daño?

Entorné la cara para ver mejor la figura que se alzaba a mí espalda, pero solo podía distinguir una sombra grande e impertérrita, ya que la brillante luz me daba de lleno en los ojos.

Me levanté poco a poco, intentando no pensar en el dolor que me producían mis heridas y quemaduras hasta que me coloqué en una postura donde la sombra jugaba a mi favor y me permitió ver la cara de la causa de mi peripecia.

Las únicas características que puedo describirte y que sean plausibles que pueda darte, querido lector, son que era una persona alta e imponente. Y te preguntarás: "¿De verdad? ¿Solo eso?" Pues sí, solo eso, ya que en ese mismo momento no supe decir, quizás a causa del aturdimiento que aún reinaba en mi testa, si era un hombre o una mujer, si era un anciano o una persona joven. Lo único que recuerdo con claridad de semejante figura eran sus brillantes ojos plenos de perspicacia y sabiduría, de mirada longeva, y sus rasgos afilados que no definían ni su sexo ni su edad.

-¿Estás bien?- volvió a preguntar aquel extraño ser.

-Sí, o eso creo-respondí, aún mirando hacia otro lado lanzando pequeños gemidos de dolor al comprobar cómo la sangre recorría mis heridas y me quemaba la piel.

-¿Quieres que te ayude?- volvió a cuestionar, inclinándose hacia mí, servicial.

-¡Oh, no, por favor! La culpa ha sido mía, disculpe, es que gran parte de mi vida la vivo en mi mundo y...- no pude acabar.

-Lo sé- me interrumpió.

¿Cómo que lo sabía? Si era un total desconocido y acabábamos de encontrarnos...,chocarnos...

Noté cómo un escalofrío recorría mi espalda hasta llegarme a la boca en forma de palabras interrogantes, cuando me tendió un tacado de hojas perfectamente ordenadas.

-Toma, esto es tuyo- pronunció estas palabras como si me estuviera obsequiando con un regalo.

Lo hizo con tanta tranquilidad que toda inquietud desapareció de mi cuerpo, pudiendo darle las gracias con tan solo un hilo de voz.

Se dio media vuelta y comenzó a dar pasos lentos y largos, dando a entender que se marchaba, cuando me percaté de la presencia de un cuaderno con tapas de cuero, antiguo, pero brillante, lustroso, medio abierto en el suelo.

Llegué a la conclusión de que sería de aquel ser desconocido que se estaba alejando, dando la sensación de que podía levitar.

-¡Espere!- le llamé, pero ni siquiera se inmutó, no se giró y siguió caminando hasta desaparecer.

Barajé la opción de llevar aquella extraña libreta a la comisaría para que buscasen a aquella persona y se lo devolviesen, pero, para entonces, yo aún era joven y la curiosidad me pudo. Me senté en un banco y abrí aquel diario con la huella del tiempo en cada una de sus páginas, rasgadas y amarillas, dobladas en su gran mayoría.

No daba crédito a lo que veían mis ojos. Pasé hoja tras hoja y observé hipnotizada el valioso contenido de aquel tesoro.

Había dibujos y escritos sobre todo tipo de monumentos e historias, como los impetuosos ejércitos de los espartanos, mitos griegos, pagodas chinas, numerosos mosaicos de mil y una culturas, textos narrando el amor furtivo entre la esposa de un sultán y un abencerraje en el Generalife de la Alhambra, las siete maravillas del mundo antiguo,... Pero también aparecían los numerosos problemas de las antiguas sociedades, las destrucciones de numerosas obras de arte, plagios de inventos, La Santa Inquisición, las Guerras Mundiales, el Holocausto,...

Estas últimas imágenes e historias consiguieron arrancarme algunas lágrimas, impidiéndome contener la rabia dentro de mí al ver tanta injusticia. En ese instante, alguien me dio un pañuelo.

-Toma- me dijo una extraña voz que me resultaba familiar.

Me sobresalté al ver a mi lado al extraño ser con el que había colisionado, y cerré su cuaderno.

-Esto es suyo, se le cayó cuando me tropecé con usted y...

-No hace falta que me des explicaciones. Yo lo sé todo de la vida, Léa- me interrumpió.

-¿Cómo sabe mi nombre? ¿Acaso trata de engañarme con historias fantásticas para dedicarse a espiarme y...?

-No. Te responderé rápido, pero primero tienes que relajarte.

En aquel momento me parecía una tarea ardua de ejecutar, pero conseguí paliar un poco mis nervios.

-¿Sabes quién soy?- me preguntó- Mírame a los ojos. Esto que llevo aquí es mi cuaderno de bitácora y no me he inventado ninguna historia. ¿Quién puedo ser más que un viajero solitario que se dedica a ayudar a los demás a realizar su último viaje, el más largo de su vida y del que no hay retorno?

Creí que se trataba de una indirecta, hasta que volví a mirarle a los ojos y la certeza y la inquietud me invadieron. Me quedé pálida y aquel ser, al ver mi reacción, me envolvió en su oscuro chaquetón.

Me puso una mano en el hombro y me embargó una gran sensación de tranquilidad y paz, y el color volvió a mis mejillas. Fue entonces cuando comprendí que no debía tener miedo, porque a su lado me sentía bien, extrañamente cómoda. Lo miré y su mirada se clavó en la mía transmitiéndome absolutamente todo. Sus ojos brillaban como si fueran dos estrellas.

-¿Cómo puedo llamarte?

-Tengo muchos nombres, pero se me conoce más bien por Muerte- pronunció esta última palabra mientras en sus pálidos labios se dibujaba una extraña sonrisa. No pude evitar sonreír yo también.

-Viajar. Me encantaría viajar contigo. ¡Por favor, llévame a esos lugares tan maravillosos!

La Muerte me sorprendió con una amplia carcajada y me respondió:

-Entiendo tu joven entusiasmo, pero aún no ha llegado tu momento. Céntrate en tu alrededor, en la vida,... ¡Qué curioso es el ser humano, tanto me teméis como me deseáis! Por cierto, siento lo del suspenso, es culpa mía.

-¿Qué suspenso...?- intenté preguntar, pero ya se estaba volviendo transparente y lo último que pude escuchar fue:

-Espero que disfrutes mucho de todo hasta que volvamos a vernos, y puedes quedarte con el cuaderno de recuerdo, pero sobre todo recuerda que siempre estaré a tu lado y no soy un problema, ni tampoco una solución: soy una amiga.

Se esfumó y el viento se terminó de llevar su aura mágica.

Me quedé sentada en el banco intentando razonar qué había pasado, con el cuaderno de bitácora de la Muerte sobre mi regazo.

De pronto, me vino como un "flash" a la mente. ¡El examen! Me puse en marcha rápidamente, llegué tarde y me suspendieron por no asistir a la prueba a tiempo.

Muchas décadas después, me encontraba sentada en el sofá de mi casa a finales de agosto, dormitando bajo el intenso bochorno que marcaba el fin del verano.

Numerosas fotos, discos y grabaciones se apilaban en mis estanterías demostrando un pasado arraigado a una gran carrera musical y conciertos por todo el mundo. Mi violín estaba en un pequeño altar, corroído por el paso de los años. De pronto, alguien picó a la puerta.

Me levanté del sofá, con el cuaderno de bitácora en una mano, gruñendo debido a que habían interrumpido mi agradable siestecilla.

Observé por la mirilla de la puerta quién se hallaba al otro lado. Solo pude percibir una oscura sombra, pero no distinguía nada más. Como era también de naturaleza desconfiada, pregunté antes de abrir:

-¿Quién es?

Al otro lado de la puerta, una voz ni ronca ni suave, pero sí amable, me respondió:

-Alguien con quien un día quisiste dar la vuelta al mundo.

Abrí la puerta inmediatamente de par en par con el rostro surcado de lágrimas de emoción. Y allí estaba, esperándome, la Muerte.

-¿Aún quieres viajar?- me preguntó tendiéndome la mano y sonriéndome mientras los ojos le echaban chispas.

Abracé su cuaderno de bitácora, le di la mano, asentí y me fui con ella a ver las pirámides de Keops, los Jardines Colgantes de Babilonia, la batalla de La Maratón, La Gioconda de Leonardo Da Vinci,...

Me encontraron al día siguiente en el sofá. Tenía una sonrisa plácida de noventa años. El cuaderno de bitácora había desaparecido. Pero mi mejor regalo en esta vida fue poder ver así a la Muerte.